

*IHS. Antiguos Jesuitas en Iberoamérica*

**Alma Montero Alarcón**

**Robert Jackson**

**(coordinadores)**

Número extraordinario, 12(1), 2022. DOI: <https://doi.org/10.31057/2314.3908.v12>.

*Antiguos Jesuitas en Iberoamérica* se inscribe en la tradición historiográfica secular sobre la Compañía de Jesús. Se trata de una publicación periódica a la que distinguen ciertos aspectos muy puntuales y que la hacen única; el primero es que no es una publicación de la orden, sino una publicación sobre ella y más puntualmente referida a la Antigua Compañía de Jesús. También se caracteriza por la región que cubre, es decir, Iberoamérica, por lo que se trata de un territorio muy amplio referido propiamente a las provincias de la Compañía de Jesús en América bajo el dominio de las monarquías portuguesa y española. Además, cabe destacar la ubicación de esta publicación, que si bien es virtual, se radica en la Universidad Nacional de Córdoba, Argentina, ciudad emblemática si consideramos que fue el centro de la provincia jesuítica del Paraguay.

Hoy, que la revista está en víspera de cumplir su primera década, el número extraordinario refleja claramente su vocación en cuanto al estudio de las instituciones emblemáticas de la orden, como son los colegios y las misiones, pero también de otras instituciones, como los noviciados y las casas de ejercicios en distintos momentos entre los siglos XVI y XVIII.

La publicación consta de la introducción de los editores Alma Montero y Robert Jackson y siete artículos. Inicia con el de Juan Dejo, historiador jesuita de la Universidad Antonio Ruiz de Montoya en Perú, quien nos transporta al origen de la tradición iniciada por Ignacio de Loyola tocante a la iconografía evangélica. Una tradición que obedece a los esfuerzos del fundador de la orden para la creación de un libro de imágenes y que fue culminada por Jerónimo Nadal en el texto conocido como Biblia de Nadal.

¿Cómo transmitir –se pregunta el padre Dejo– la idea de que los jesuitas eran religiosos, parte orgánica de un sistema y orden regular, pero a la vez comprometido con una acción apostólica que iba más allá del servicio sacramental? A lo que responde que se debía realizar de una manera simple y directa, a través de la imagen. En este sentido, una de las primeras acciones que se identifican es la difusión de la identidad ignaciana a través de la vida del fundador. Así, se pasa del establecimiento de modelos iconográficos en la metrópoli por pintores destacados, a su réplica en las nuevas provincias jesuíticas a través de los colegios, que eran espacios privilegiados para la difusión de las ideas.

Algo que destaca el autor del artículo es que esta iconografía surge en la época en que se da el proceso de expansión global de los colegios jesuitas que se convierten en el instrumento para la difusión de las imágenes. Proceso de crecimiento institucional que se reflejó en el Perú con la expansión a partir del primer colegio en Lima en 1568, La Transfiguración en Cuzco (1572), San Luis Potosí (1576), La Paz (1578) y Santiago de Arequipa (1578), además de diversos colegios seminarios para la educación de laicos, criollos, mestizos e indígenas.

La propuesta de Juan Dejo para el templo del colegio jesuita de Cusco expresa que:

[...] los contornos superiores de los muros internos que flanquean la Iglesia, buscan concretar lo esencial de la identidad jesuita, cuyo paradigma, es la vida del fundador. Los cuadros laterales que muestran las distintas escenas de la vida de Ignacio provienen tanto del modelo de su biografía ilustrada por Barbé, como del de Galleaus, Galle, Van Mallery y Collaert y se completan con el remate de la parte superior y posterior del imafrente de la Iglesia como una suerte de coronación identitaria de la orden, en momentos de lo que pudo ser su apogeo no solo en la región sino en el resto del mundo. (Y que) a la vez, revelan una necesidad de transmitir su autocomprensión como orden misionera en el país.

Lo cual se va demostrando con la inclusión y el análisis detallado de las series iconográficas en cuestión.

El segundo artículo de este número conmemorativo nos traslada al norte de la Nueva España y particularmente a la sierra Tarahumara. Se trata de “La resistencia cultural: la persistencia de prácticas estéticas indígenas del noroeste de México contrapuestas a las prácticas artística jesuítica” de Luis Eduardo Trillo Becerra, que dirige sus apreciaciones hacia las prácticas estéticas

de los pueblos originarios que indisolublemente suelen llegar hasta nuestros días vinculados a las fuentes jesuíticas.

Para el autor, a pesar de coincidencias formales, la resistencia tarahumara a la evangelización, así como la imposición de modelos de organización social junto con la repetición a lo largo del tiempo de sus propios ritos en convivencia con los ritos católicos, darán como resultado prácticas religiosas y musicales con antecedentes formales, espaciales y materiales vinculados con los misioneros, pero en su concepción estética, musical y religiosa, inconfundiblemente propias de los rarámuri.

Realiza un esfuerzo por el estudio sistemático relativo a ciertas palabras utilizadas, en distintos momentos históricos, en el idioma rarámuri, como son “canto-cantar” y “danza-danzar”; el de un jesuita de la etapa final de la presencia de la Compañía de Jesús que sufrió la expulsión, el padre Mathaus, y que logró publicar un Diccionario en 1809, también el de un misionero contemporáneo como es David Brambila, quien escribió un Diccionario raramuri-castellano (tarahumar), así como la experiencia del propio autor complementada por entrevistas específicas realizadas en 2020. Desde mi punto de vista es un avance interesante, sin embargo, amerita un fuerte desarrollo a partir del estudio de fuentes primarias, acaso ser más detallado con las fuentes jesuitas a las que refiere como parte de un pasado muy lejano. El estudio de trayectorias específicas de misioneros contribuirá a enriquecer las hipótesis ahora esbozadas.

El artículo de Robert Jackson “Un bosquejo de las instituciones jesuitas de las Provincias de Perú y Paracuaria en 1767” es un desfile de instituciones y circunstancias del campo misionero en América del Sur.

A partir de un amplio manejo de fuentes nos lleva desde Perú a Paracuaria y puntualiza en la época de la expulsión de los jesuitas. Se trata por demás de una época y lugares muy trabajados por la historiografía, si bien el autor nutre sus postulados con un amplio aparato erudito de gráficas no siempre conectado en el discurso de su texto. Además consta de un muy rico conjunto cartográfico cuyo análisis por sí solo habría sido una excelente aportación. La especialidad en historia demográfica de Jackson emerge una y otra vez como un elemento clave de su discurso, con cuadros estadísticos superabundantes que fundamentan sus dichos.

De acuerdo con el autor, al momento de la expulsión en 1767, los jesuitas administraban cuatro grupos de misiones en la provincia de Paracuaria, que eran entre los guaraníes, las dos misiones de Tarima San Joaquín y San Estanislao, así como las

misiones del Chaco y las diez misiones de Chiquitos. Los jesuitas administraron las misiones de Moxos en la Provincia de Perú. Los cinco grupos de misiones eran congregaciones. Los jesuitas establecieron nuevas comunidades misioneras y reasentaron a los pueblos indígenas en las misiones.

Destaca por su interés la discusión con autores contemporáneos y particularmente el tema de la propiedad y explotación económica en las misiones y los hechos posteriores a la salida forzada de los jesuitas. También el tipo de gobierno: de frente a puntos de vista que hablan del dominio absoluto de los misioneros, Jackson expresa que los jefes de clan, identificados en los documentos como caciques, administraban y distribuían chacras o parcelas para la producción de subsistencia de los jefes de familia guaraníes y que existía un sistema similar al de las misiones de Chiquitos, donde los clanes se identificaban como “parcialidades”. Los jefes de clan en el cabildo de la misión ejercían el poder en un sistema de gobierno compartido con los jesuitas, y eran responsables de mantener el control social y administrar los castigos, así como proteger las tierras y los recursos de las comunidades de la misión.

El artículo de Ismael Jiménez Gómez “Las misiones jesuíticas de Maynas: establecimiento, consolidación y pervivencia de la idolatría en un territorio de frontera (1638-1680)”, nos lleva a las misiones jesuitas en la Amazonia entre Ecuador y Perú, también conocido como “el Marañón español”, a partir del desarrollo de los siguientes puntos: el proceso de colonización del territorio, la conformación de las primeras reducciones jesuíticas, las características principales de la metodología misionera y el discurso retórico que daba cuenta de la pervivencia de la idolatría y la superstición entre las sociedades locales.

El autor profundiza en el tema de la pervivencia de la idolatría y la superstición como construcción retórica que justificaba la labor pastoral de los misioneros entre los indios de la cuenca del Marañón. Se habla sobre la posible existencia de influencias y pactos entre los neófitos y el demonio, la aparición “física” y constante de este personaje en el interior y el exterior de los pueblos de misión y también sobre la influencia de especialistas rituales sobre el resto de las poblaciones, a través del temor y el engaño. Y concluye que estas situaciones pueden mostrarnos ejemplos claros del fenómeno de la “acomodación”, concepto que determinaba el ejercicio pastoral realizado por los misioneros y que se entiende como la actitud mostrada por los misioneros, basada en la tolerancia y apertura a ciertas prácticas derivadas de los ritos y las creencias locales.

En cuanto al tema de los colegios destaca el artículo de Pablo Abascal sobre “El colegio de San Francisco Xavier de Valladolid de Michoacán en vísperas de la expulsión de la Compañía de Jesús de la Monarquía Hispánica (1760-1767)”, con el que nos lleva a uno de los colegios más importantes de Nueva España, justo en la época de la expulsión. En una interesante perspectiva diacrónica, Abascal se posiciona ante un problema de esa etapa para llamar nuestra atención sobre el proceso de instalación de la orden en el Obispado de Michoacán, su carácter como primera misión externa a la Ciudad de México y posteriores fundaciones del Colegio de Michoacán en Pátzcuaro, su traslado a Valladolid con el cambio de la capital y del obispado, y la posterior alternancia con la nueva residencia de Pátzcuaro, que permaneció como un establecimiento de los jesuitas.

En este caso, la perspectiva del historiador y su búsqueda del origen del conflicto por los bienes de la compañía en el momento de la apropiación de las temporalidades, le permite explicar la situación en la que la donación aceptada por el general en 1660 resulta insuficiente tras la muerte del donante en 1661, quien solo queda como patrono de la Iglesia, mientras que el colegio se debe mantener a partir de un patronato colectivo ajeno a la orden.

A partir del estudio del último catálogo trienal (1764) Pablo Abascal nos muestra que todos los jesuitas que trabajaban en el colegio eran bachilleres en filosofía, no obstante, existieron importantes diferencias entre ellos, principalmente el tema de la nacionalidad. De todos los jesuitas que habitaban el colegio, la gran mayoría era criolla, ya que nueve nacieron en Nueva España, uno en Caracas y cuatro en España. Del mismo modo, destaca que los puestos importantes los ostentaban los nacidos en América: el rector, Joseph Castillo y el vicerrector, Nicolás Peza, eran novohispanos; mientras que los puestos más bajos los tenían los peninsulares, por lo que puntualiza en la existencia de una clara jerarquía de dominio criollo al interior del colegio, a diferencia de los siglos XVI y primera mitad del XVII, cuando los nacidos en América luchaban por reconocimiento y acceso a puestos de poder. Otros aspectos desarrollados por este autor son la descripción de la arquitectura y la vida cotidiana y la innovación en la docencia que llegó a Valladolid en la parte final del periodo jesuítico y que fundamenta en las tradicionales fuentes romanas, los archivos locales de Michoacán, pero también las fuentes de temporalidades del Archivo Histórico de Chile y el Archivo General de la Nación, en México.

El artículo sobre “El Noviciado y luego Casa de Ejercicios de la provincia del Paraguay. Historia de un edificio y su recupera-

ción arqueológica” de Carlos Page, es el seguimiento genealógico del Noviciado en Córdoba, sus orígenes y distintas localizaciones que registra de forma detallada y que nos muestra a partir de los planos del antiguo centro histórico hasta su emplazamiento definitivo.

Llama nuestra atención el sin fin de opiniones que confluyen para la edificación del inmueble y los traslados a lo largo del siglo XVII, donde participan las autoridades de la provincia jesuítica del Paraguay, el provincial y el mismo general en Roma. Page identifica a los padres Ignacio y Francisco de Vera Mujica Montano, dueños de la casa que finalmente donan a la compañía para el mencionado noviciado y luego casa de ejercicios, recuperando testimonios de la época que provienen de una carta anua sobre el tema puntual y que develan rasgos de la personalidad y sentimientos de los donantes en la circunstancia específica, cual si fuera un milagro.

Así mismo nos presenta al autor e iniciador de la remodelación de la obra, el maestro constructor Jan Kraus, coadjutor originario de la provincia jesuítica de Bohemia, sobre quien Page elabora un esbozo biográfico. La obra, demolición y nueva construcción no estuvo exenta de conflictos; llama nuestra atención la meticulosidad en cuanto a la participación de los generales en cada momento, desde el condicionamiento de los proyectos, hasta la definición del uso de los espacios y la dirección del inmueble. Sin embargo, tuvo pocos años de uso al llegar la expulsión de la compañía en 1767, pasar a temporalidades y posteriormente a otros dueños como fueron los betlemitas.

Carlos Page llega al momento presente y registra el descubrimiento de esta antigua obra a partir de la creación de infraestructura urbana en la década de 1920, su sepultura en 1928 y la reaparición fortuita a fines de la década de 1980 que, mediante la presión social, apoyó su restauración y apertura en 1990. Sin duda, muchos temas en un solo artículo pero que posicionan la relevancia del pasado histórico jesuítico en la ciudad de Córdoba, así como el dominio del autor del artículo sobre la materia.

Cierra el volumen Alma Montero Alarcón con un fundamentado artículo sobre uno de los jesuitas más destacados en la Nueva España, como fue Juan María Salvatierra, mediante el estudio de su rectorado en el Colegio de Guadalajara, entre 1693 y 1696. Destaca en primer lugar el momento en que, estando en Génova junto con Juan María Zappa, fueron enganchados, por decirlo de alguna manera, por el padre Francisco de Florencia, procurador general de la provincia de México en Europa, quien

les transfirió la devoción a la Virgen de Guadalupe. Asimismo, cómo estos jesuitas fueron portadores de la devoción a la Virgen de Loreto.

Debemos recordar que en 1693 Salvatierra buscaba reiniciar la evangelización de la península de California, proyecto de Eusebio Kino y que hizo suyo, a quien conoció como visitador en la Pimería Alta. Dentro de la trayectoria de Salvatierra, su actuación en Guadalajara se erige como una etapa de transición justo en el colegio de la principal ciudad del occidente de la Nueva España y desde donde se debían tomar importantes decisiones para las misiones del norte de México. Montero sigue los testimonios de sus biógrafos, tales como Munari y Venegas, para dar cuenta de la calidad humana del jesuita, de su trabajo con todos los sectores de la población en Guadalajara y sus esfuerzos para la edificación de una casa de Loreto y de un convictorio o seminario, proyecto este último para el que obtuvo apoyo de la Real Audiencia.

Se trata de un artículo que refleja los momentos álgidos de la vida de Salvatierra y que culmina con su retorno, enfermo y en ruta a la Ciudad de México proveniente de California. Un reencontro con la ciudad donde pudo dejar un legado mediante el ejercicio de su trabajo como rector, donde se guardaba memoria de sus virtudes y donde al fin reposan sus restos.

En fin, Alma Montero y Robert Jackson nos brindan esta plataforma para la difusión de los nuevos conocimientos sobre los antiguos jesuitas en Iberoamérica y su legado.

**Gilberto López Castillo**

Instituto Nacional de Antropología e Historia

Centro INAH Sinaloa

ORCID 0000-0002-1132-7370

[gilbertohistory@gmail.com](mailto:gilbertohistory@gmail.com)